

mar lugar, y luego se empezó á distribuirles el pan de la caridad espiritual. Un día es el catecismo; otro, rosario; el sábado un rasgo de historia relativo á la Santísima Virgen, y se les confiesa cuando hay lugar. Estos diferentes ejercicios, acompañados algunas veces de cantos, se prolongan hasta muy avanzada la noche. Cada año se les hace un retiro, y el 5 de Octubre, día de la fiesta Santa Galla, se saca en suerte una lista de doce pobres á quienes se les sirve una buena comida.

Esta maternal caridad que acoge á los hombres en Santa Galla, la encontramos en San Luis, ejerciéndose con las mujeres. Este nuevo hospicio, inmediato al primero, fué fundado á principios del último siglo por el venerable padre Gallazi, de Florencia. Se compone de dos dormitorios, de una capilla, de una sala de recreacion y de un ja lín. Las rentas actuales no permiten tener arriba de treinta camas, pero el local podía contener el doble. Las pobres mujeres, que al toque del "Angelus," se presentan allí por la noche, son admitidas desde luego si hay lugar. Se excluyen solamente las enfermas, las mujeres en cinta, las afectas de males cutáneas, puesto que todas ellas tienen asilos especiales. Personas caritativas les reciben y las instruyen. Después de la instrucción y de la oración se les envía á sus hijos, compuestos de jergones y cobertores. Por la mañana, luego que se levantan, salen á sus trabajos. Una vez al mes oyen la misa y comulgan en el hospicio. Ese día se les da un medio aolo (25 céntimos de franco) en compensación de lo que hubieran podido ganar durante ese tiempo (1). A vista de tantos cuidados, de tantos miramientos con el pobre, en otro tiempo tan profundamente despreciado de la sociedad pagana, y hoy tan mal comprendido en nuestras socieda-

1 Constanzi, p. 209; Morich, p. 134.

des materialistas, los ojos del viajero se humedecen con dulces lágrimas y su memoria le recuerda el oráculo del Profeta del cual habia hecho con gusto aplicacion á esta Iglesia romana su madre, y el modelo de los pueblos: "A vos ha sido confiado el pobre y seréis el apoyo del huérfano." Si se siente alguna pena es solo la de pensar en que más allá de los Alpes, en el hermoso reino de Francia no se encuentra nada semejante.

9 DE FEBRERO.

El día de la Ceniza.—Capilla papal.—Caridad romana con los ancianos.—Con las viudas.—Asilo Barberini para los moribundos.—Ministros de los enfermos.—De los muertos.—Archicofradía de la Muerte.—Del sufragio.—El "Ave María" de los muertos.

Nos dormimos en el carnaval y despertamos en la Cuaresma. A la media noche las campanas de la ciudad santa se pusieron en movimiento y anunciaron solemnemente la apertura de la gran cuarentena. Yo no sé qué impresion produjo aquel inmenso repique á una hora tan desusada. Graves y santos pensamientos os asaltan, y hasta el hombre más irreflexivo no puede escaparse de tenerlos. Al primer sonido de las campanas, los bailes, los teatros, los "soirées," todo acabó y acaba hasta la Pascua, al menos los teatros y los bailes. El ayuno cotólico ha reemplazado las locas alegrías y los pensamientos mundanos. El pueblo romano que habia tomado el carnaval por lo sério, toma tambien la Cuaresma en el mismo sentido. Desde por la mañana del Miércoles de Ceniza, llena las iglesias y recibe en su frente la señal solemne de la penitencia. Todo permanece tranquilo en la ciudad, ayer todavía tan ruidosa; Roma ha recobrado su fi-

sonomía de grave y de casta matrona; podía decirse que el carnaval habia pasado hacia ya un año.

Nosotros fuimos tambien á buscar la ceniza á la capilla Sixtina y nos fué dado recibirla de mano del Soberano Pontífice. Si en todas partes la lúgubre ceremonia es imponente, en ninguna bajo el cielo lo es tanto como en San Pedro. El Sacro Colegio, los generales de las órdenes, los embajadores, los prelados romanos, los obispos extranjeros, ancianos de cabellos blancos ó bien jóvenes, lo más selecto de las naciones, adornaban, por decirlo así, el recinto reservado de la soberbia capilla; el Santo Padre estaba en su trono. De pronto baja, y os dejó contemplar cuál será el sentimiento que debe experimentar el viajero oscuro, cuando ve al cardenal gran penitenciario, avanzar adelante del vicario de Jesucristo y decirle al ponerle la ceniza en la cabeza más augusta del universo: "¡Acuérdate, hombre, de que eres polvo y qué volverás al polvo! 1. Confieso que á ejemplo semejante poco cuesta humillarse. Apenas volvió el Soberano Pontífice á su trono, cuando toda la asamblea vino con profundo recogimiento á prosternarse á sus piés y á recibir de su mano sagrada el signo de la penitencia.

Al salir de la ceremonia, uno de nuestros amigos de Roma, quiso dirigir nuestra expedición á los hospitales que nos faltaba visitar. Durante el camino, la conversacion recayó sobre el respeto á la autoridad, respeto eminentemente social, del cual acabábamos de tener un ejemplo en la manera con que el Santo Padre recibió la ceniza. "Estas tradiciones saludables, añadió nuestro guía, se conservan todavía en nuestras familias; generalmente la autoridad paternal es muy respetada. Entre los

1 El Santo Padre en señal de su dignidad suprema no se arrodilla, sino que en pié recibe la ceniza.

padres y los hijos no reina esa familiaridad que se acerca á la igualdad; nada de tutear los hijos á los padres, ni de los padres á las madres; el hijo no abraza á su padre ni por la mañana ni por la noche; se contenta con solo besarle la mano." Así, cuando los Romanos ven la manera que acostumbra nuestros Franceses con sus hijos, dicen muy asombrados: "E un dar troppo confidenza ai figli." Es dar muchas confianzas á los hijos. ¿No tendrían razon?

Entre tanto llegábamos al objeto de nuestro viaje. Antes de tocar el pobre á su última hora, cuando sus fuerzas agotadas por la edad no le permiten bastarse á sí mismo, encuentra gracias á la caridad romana un abrigo para su vejez, como encontró una cuna para su infancia, un socorro para su miseria y remedios para sus enfermedades. Le hemos visto en San Miguel, en Santa María de los Angeles, dejando correr tranquilamente sus días, rodeado de todos los cuidados del cuerpo y del alma; parece que en esta larga cadena de beneficios, no falta ni un eslabon. Por tanto, solo el ojo maternal de Roma entreve una solución de continuidad, en que no sé que los otros países fijen la atención. Con demasiada frecuencia las mujeres del pueblo, esposas laboriosas de honrados obreros, se quedan viudas antes de tiempo. Secundadas por sus maridos, proveían á sus necesidades; pero solas no pueden, y si se quedan en medio del mundo ¿cuántos peligros la esperan! ¿Y cómo sacarlas de ellos? Demasiado jóvenes todavía no se las puede colocar en los hospicios de las ancianas. ¿Qué medio para preservar su virtud y asegurar su existencia? Este grave problema, tan interesante para las costumbres públicas, lo ha resuelto Roma. En su seno existen piadosas casas que acogen gratuitamente á las pobres viudas y les proporcionan un asilo, sin darlas por otra parte alimentos ni vestidos. Vive allí en comunidad, con la liber-

tad de salir, de trabajar como les plazca y de ocuparse como quieran. Visitamos desde luego la casa de este género, fundada por el caritativo médico José Ghislieri en Torre del Grillo; sirve de habitación á seis pobres viudas. De allí, dirigiéndonos hácia el forum de Trajano, vimos el asilo abierto por los príncipes Ruspoli, en el cual cada viuda ocupa un cuarto separado. Viene en seguida el «Boschetto», que sirve de morada á diez pobres viudas; luego el asilo parroquial de San Lorenzo «in Lucina», cuyo excelente cura nos hizo la acogida más favorable; por fin, el refugio de los príncipes Barberini en «Santa María in Via»; éste es el mejor de Roma, pues cada viuda tiene para ella sola dos cuartos y una cocina 1.

Al fin la gran catástrofe se anuncia; la muerte precedida de la enfermedad, la muerte tan cruel para todos, tan desoladora para el pobre, viene á buscar sus víctimas. Pero en Roma la caridad la adelanta; está sentada cerca del lecho. Su hijo morirá porque es necesario; pero morirá en brazos de su madre rodeado de sus caricias y de sus cuidados. No hablaré aquí de los cuidados materiales; gracias al cristianismo, son generalmente los mismos que en todas las naciones civilizadas. En cuanto á los cuidados espirituales, decisivos en esos momentos supremos, ¿cómo expresar la tierna solicitud con que Roma los prodiga? Para no ser largo, omito las piadosas cofradías de los agonizantes, las que frecuentan los hospitales, y las obras particulares que tienen por objeto conseguir para los enfermos la gracia de una santa muerte; me limito á señalar la institucion de San Camilo de Lelis.

No podeis bajar á uno de los cuarteles de Roma, sin encontrar un religioso de continente grave y modesto. Sobre su

1 Constanzi, p. 130; Morich., p. 157.

larga sotana negra, cubierta con una capa del mismo color, se dibujan dos grandes cruces rojas que están colocadas, la una en el corazon y la otra en la espalda. Este religioso, venerado de todos, es un hijo de San Camilo de Lelis, ó de otro modo, un «ministro de los enfermos.» A todas horas del día y de la noche él y sus cofrades están á las órdenes de los enfermos. La caridad los atrae á sus lechos; y todos los cuidados corporales y socorros espirituales que pueden inspirar el celo y la abnegacion, les prodigan á los enfermos, ricos ó pobres, extranjeros ó nacionales. Nada importa que la enfermedad sea contagiosa; ellos afrontarán, como soldados intrépidos, el peligro, y no adandonarán nunca el puesto de honor que les está confiado. Por uno de esos rasgos bastante comunes en la edad media, pero muy raros hoy, los ministros de los enfermos añaden á los votos ordinarios el de no abandonar nunca á los apestados. Ya tendré ocasion de hablar más tarde de su casa y de su santo fundador.

Por fin, el pobre muere; pero no está abandonado. Mirad venir no sé á cuantos piadosos cofrades que se disputan el honor de llenar con él los últimos deberes, de lavar, de sepultar su cuerpo y de llevarlo á las espaldas al «campo santo.» Mas si muere en los campos, en medio de aquel campo romano tan temible por su soledad y por el «mal aria», aire mal sano que allí se respira, nada hay tampoco que temer; como Tobías en Nínive, así la caridad desafiara los peligros. Es preciso saber que en la época de las cosechas, numerosos obreros bajan de la Sabina y vienen á ofrecer sus brazos á los propietarios de las partes cultivadas del campo romano; y que desde que se desarrolla el calor, les agobian grandes males.

Sus pulmones, habituados al aire sutil de las montañas, están mal situados en la

atmósfera de la llanura. Sus cuerpos, cuyos poros ha abierto el sol, se enfrían bruscamente con el contacto inmediato de un fresco rocío y de la tierra que les sirve de cama. La fiebre se apodera de alguno de ellos, á quienes el «Caporale», casi en el mismo estado que ellos, les traslada á su tienda de campaña, poniéndoles cerca de ellos una poca de agua acidulada. Por la tarde todas las víctimas del día son llevadas en carreta al hospital más inmediato, que dista muchas veces diez ó doce leguas. La noble y piadosa familia Doria Pamphile ha dado el bueno y único ejemplo de establecer en cada una de sus fincas de campo un carruaje cómodo para cumplir este caritativo deber; pero con demasiada frecuencia se llega al lugar en donde se encuentran los socorros, á tiempo en que ya son inútiles. Algunas veces, en el paroxismo de la fiebre, aquellas pobres gentes se alejan de su comunidad, y no es raro que la muerte les toque léjos de sus amigos.

Estos tristes acontecimientos son bastante frecuentes para que hombres piadosos hayan formado una cofradía que recorre los campos para recoger allí á los enfermos y trasladarles al hospital, así como para sepultar los cuerpos de los que mueren ignorados.

Por eso en aquellos campos romanos, en donde los palacios y los jardines en ellos situados en otro tiempo, habian alejado el arado, podia morir ahora el hombre solo y su cadáver entregado á aves de rapiña, si el cristianismo no hubiera llenado algunos corazones de una sublime caridad. Pero debo apresurarme á decir que no se podria acusar enteramente á los hombres de aquellas desgracias, porque estas resultan en gran parte de la naturaleza de las cosas que necesitando una inmensa reunion de obreros en lugares muy mal sanos, mal provistos de habitaciones

y situados léjos de la ciudad, hace muy difícil prodigar cuidados á ochocientos ó novecientos labradores que están empleados por algunos hacendados. No obstante, se ha reconocido que el mal puede disminuirse y la suerte de aquellos labradores mejorarse por medio de algunas precauciones que el gobierno pontificio y la administracion francesa han recomendado igualmente. 1

Deseosos de conocer la piadosa cofradía, que yendo á buscar á lo léjos, en los campos, enfermos que curar ó muertos que sepultar, da al mundo un ejemplo tan magnífico de caridad, nos dirigimos á la «Via Giulia», en donde está su iglesia. Allí supimos que la asociacion se remonta al año de 1551. Es muy numeroso y se compone de personas de condicion acomodada y de buena educacion. Entre sus miembros fué el más celoso San Carlos Borromeo, sobrino del papa entónces reinante. El traje consiste en un largo saco de tela blanca. Al estar nosotros en la iglesia se acababa de saber la noticia de un accidente que habia tenido lugar en el campo. Advertidos al punto, llegaron á toda prisa algunos hermanos; cubrieron con su saco y se pusieron en camino. Así lo hacen en todos tiempos y en todas estaciones, y van á buscar el cuerpo á veinte ó á treinta millas de Roma. Tienen derecho de enterrarlo en el cementerio que juzguen conveniente. La cofradía recoge por término medio, anualmente, trece muertos en el campo, y á distancia de nueve á diez y siete millas.

En el interior de Roma los cofrades acompañan aquellos fúnebres cortejos, como lo hacen tambien muchas asociaciones. Revestidos con su saco, salen de dos en dos, precedidos de un estandarte largo y angosto, con las caras cubiertas con un

1 M. de Tournon. *Estudios estadísticos sobre Roma*, tít. I, p. 285.

capuchon que tiene dos agujeros para que puedan ver; se dirigen de este modo á la casa designada, llevan al muerto á la iglesia rezando salmos y teniendo antorchas en las manos. Las cofradías de Roma acompañan así á su sepultura, no solo á sus miembros, sino también á los extraños.

Hé ahí, pues, al pobre recibido á su entrada en la vida, abrigado, socorrido en sus necesidades y en sus enfermedades, asistido á la hora de su muerte, depositado con respeto en la tierra santa de donde debe levantarse algún día; tal es hácia el último de los hijos de Adán la veneración profunda y constante de Roma cristiana. Esta conducta, comparada á la de la Roma imperial, forma un contraste de tal modo inexplicable, que sería necesario ser muy ciego para no ver en él, bajo una de sus facies más divinas, el brillante milagro que cambió las costumbres y las ideas del género humano. La admiración y el reconocimiento que él excita se hacen más vivos todavía, cuando se piensa en que la caridad romana, salvando el umbral de la tumba, va á consolar al hijo de su ternura hasta el seno de la eternidad. ¡Qué no tenga yo una pluma bastante elocuente para pintar dignamente el amor natural de Roma hácia los difuntos! ¡Oh, vosotros que amais los piadosos recuerdos de los siglos de fe y las tiernas costumbres de nuestros padres, venid á la ciudad santa; y cuando os sea dado contemplarla, por favor, tened ojos para ver, más no palacios, cuadros, estatuas, obeliscos, teatros y naumáquias. ¡Saved ver á Roma en Roma!

La Iglesia, tierna Raquel, madre y señora de todas las demás Iglesias, está sin cesar en movimiento para comunicar su solicitud en favor de sus hijos que han dejado de existir. ¡Qué consuelo para ella ver que un buen resultado corona sus esfuerzos! Quisimos ser de ello felices testi-

gos. En una de las bellas iglesias de la *Via Giulia* está establecida hace tres siglos la archicofradía del *Sufragio*, inmensa asociación rica en indulgencias, que extiende sus ramas hasta las partes más remotas del mundo católico. De allí corre incesantemente un río de oraciones, de limosnas, de buenas obras, de misas, que va á llevar el descanso y la paz á las almas detenidas en las llamas expiatorias. No habreis olvidado aquella otra cofradía, tan imponente por su número, tan admirable por el fervor de sus miembros, que todas las tardes acude al hospital del Espíritu Santo y que luego que se acerca la noche, bajando devotamente de la cresta escarpada del Janículo, se va á orar en los sepulcros. Añadid á esta, otras veinte asociaciones que podeis ver todas las tardes en los diferentes hospicios, y en los oratorios nocturnos, rezando los oficios santos por las almas del purgatorio. En fin, cuando el otoño trae la solemne fiesta de los Muertos, trasladados á la *Via Giulia*, á los cementerios del Janículo, de San Salvador, del Consuelo y de Santa María *in Trastevere*. Una multitud inmensa y recogida llena aquellas moradas, ó por mejor decir, aquellos vastos dormitorios de los muertos. A fin de excitar su piedad despues de las oraciones, siguen representaciones tomadas de las Escrituras. Los personajes tienen la cabeza, las manos y los piés, de cera, cosa que se trabaja muy hábilmente en Roma; sus vestidos son propios de las circunstancias y se les ve en los momentos más importantes de la acción; el fiel encuentra allí un motivo de tierna compasión y el artista mismo un objeto de estudio. La fiesta de los muertos sigue con la misma pompa y el mismo empeño durante toda la octava. ¹

Pero no basta á la Iglesia hacer oracio-

¹ Constanzi, t. 1, ps. 72, 222, 251.

nes una vez al año por las almas que sufren continuamente; otra costumbre viene todos los días á repetir á los vivos el recuerdo de sus hermanos difuntos y á solicitar sus oraciones para ellos. En 1480, nació en Italia un santo que debía ser la gloria de su siglo y de la Iglesia; se llamaba *Gaetano di Tiena*, *Cayetano de Tiena*. La ternura de su corazón tuvo sobre todo por objeto á las almas del purgatorio. Cuando llegó á Roma, estableció una piadosa costumbre que encontrais todavía y es la que se llamó el *Ave María* de los muertos. ¹ Cuando ya la noche ha bajado de las siete colinas y rodeado á la ciudad con sus sombríos vientos, las campanas dejan oír un sonido lúgubre. Ellas advierten á los cristianos, que deben pensar por última vez ántes de descansar, en sus hermanos, que no tienen por lecho más que las llamas quemadoras; y los buenos fieles se apresuran á rezar el *De profundis* ó la pequeña oración señalada para cada día de la semana en un libro perfectamente popular. ² Estas son algunas de las piadosas prácticas establecidas en la ciudad santa en favor de las almas que sufren. Debe confesarse sin trabajo que la vista de estas tiernas costumbres, hace más bien al corazón que el aspecto de los monumentos soberbios y el de las fiestas magníficas, cuyo glorioso privilegio tiene Roma. Al menos ellas demuestran al viajero más indiferente que la señora de la fe es también la madre de la caridad, y que desde los umbrales de la vida hasta más allá de la tumba, el pobre no se excluye un instante de su inteligente caridad. Ahora bien, en el siglo en que vivimos, semejante conocimiento es muy poca cosa.

¹ *Raccotta*, di Indulgenze, p. 486; Roma 1841.

² Il Purgatorio aperto alla pietá de'viventí; El Purgatorio abierto á la piedad de los vivos.

10 DE FEBRERO.

Los Sacconi. — Limosnas particulares. — Reflexiones sobre la caridad romana.

El tiempo estaba frío, el cielo nebuloso y el suelo cubierto de lodo. Hago notar todas estas circunstancias, porque ellas recuerdan á mis ojos la obra admirable de que voy á hablar. Cuando pasábamos por la cima del Capitolio, cerca de la prisión de los deudores, oímos á algunos pasos dos hombres que caminaban silenciosamente delante de nosotros, de cada lado de la calle. Iban con los piés desnudos el cuerpo cubierto enteramente con un largo saco de tela blanca, terminado en la parte superior con una máscara de la misma tela que estaba perforada con dos agujeros para los ojos, de modo que era imposible ver sus rostros. Uno y otro tenían una bolsa en la mano y se paraban en los umbrales de cada puerta, sin decir una sola palabra; la puerta se abría, una moneda caía dentro de la bolsa, y ellos manifestando su reconocimiento por un profundo saludo, seguían á presentarse en la puerta inmediata. «¿Quiénes son estos hombres? ¿qué hacen?» tales fueron las preguntas que dirigimos casi á una voz al excelente amigo que nos acompañaba. «Esos hombres, son, nos dijo él, los *Sacconi*; deben su nombre al gran saco que les cubre. Sabreis que existe aquí una asociación piadosa, compuesta de lo más selecto de la nobleza, del clero secular y de los cardenales; ella tiene por objeto el consuelo de los pobres y sobre todo de los presos por deudas. Cada mes sus miembros recorren las calles pidiendo limosna. El día que para ello está fijado, así en estío como en invierno, y á pesar del frío y de la lluvia, van como veis, con los piés desnudos, á pedir de puerta en puerta por

todos los cuarteles de Roma. Veis también que todo el mundo les hace buena acogida; el pueblo tiene por ellos gran veneración y los ricos que les negasen limosna se expondrían a negársela á sus parientes ó á sus amigos. Esos dos *Sacconi* que nos preceden son tal vez dos cardenales ó dos príncipes romanos.»

Hé ahí si no me engaño una caridad de buena ley. No se diga, como dicen ciertos turistas, que para los romanos todo es espectáculo y monería; y que como amigos de las fiestas no conocen la caridad que exige la abnegación y el sacrificio del «yo.» A la verdad que aquí no se encuentra ni puede encontrarse la ostentación. Aquí esos hombres no podrían ser conocidos por nadie, ni por sus amigos; no hablan una sola palabra y es imposible ver las facciones de sus rostros. ¿Qué aventajan esos grandes señores en cuanto á su vanidad y á su bienestar, con recorrer de ese modo, cubiertos con un mal saco de tela y los pies descalzos, aun las calles más oscuras de la ciudad, en tiempo de invierno, durante una gran parte del día y pidiendo limosna? Los detractores sistemáticos de todo aquello que es inspirado por la fe, ¿tendrían valor de hacer otro tanto? Vanidosos como todos los hijos de Adán, ¿tratan acaso de conquistarse popularidad á tal precio? Cuando los hayamos visto en ejercicio, podremos pensar si motivos puramente humanos pueden inspirar una abnegación semejante; hasta allí se nos permitió creer que solo el Evangelio es capaz de alcanzar, y de alcanzar constantemente hace ya muchos siglos, un sacrificio doblemente costoso á la naturaleza.

El espectáculo tan moral que teníamos á la vista, nos llevó á hablar de las limosnas particulares que se dan en Roma. Esta página debería completar nuestra historia de la caridad corporal en la ciudad de San Pedro. En Francia bendecimos á

Enrique IV por haber deseado que todos sus súbditos tuviesen el domingo un pollo que comer; en Roma los socorros son tan abundantes, que cada pobre puede hacer todos los días una excelente comida. Y desde luego, dos bellas instituciones ponen un cuidado especial en los desgraciados que, nacidos en la abundancia y educados en las costumbres del mundo, sienten que pesa más cruelmente sobre ellos la miseria terrible. Gracias á la *Archicofradía de los Santos Apóstoles* y de la *Divina Piedad*, vienen socorros inesperados y desconocidos á consolar la horrible indigencia de las viudas honradas y de los desgraciados padres de familia. La primera se remonta al año de 1564. Fué fundada por algunos piadosos cristianos que tenían un cuidado especial de la capilla del Santo Sacramento, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Encontrándose asociados en esta práctica de piedad, quisieron juntar á los actos de devoción obras de una caridad activa; siempre y por todas partes procede así el cristianismo. Se consagraron, pues, al consuelo de los pobres, y especialmente de los pobres vergonzantes. Todos sus miembros actuales, de nobles y ricas familias, son catorce, uno para cada cuartel, y cada uno de ellos distribuye cada año trescientos francos en limosnas.

La congregación de la *Divina Piedad* debe su origen al venerable sacerdote Giovanni [Juan] Stanchi de Castel-Nuevo. En 1679 reunió este santo algunas personas elegidas en el clero y entre los particulares, para recoger limosnas destinadas á las familias vergonzantes, cuya miseria contrasta con su abundancia pasada. Gracias á la generosa protección de los soberanos Pontífices Inocencio XI, Clemente XII, Benedicto XIII, la congregación se ha mantenido siempre en un estado próspero. Nos fué muy agradable conocerla, porque ella presenta una prueba más de

la prioridad de Roma y de su inteligencia de hecho, tratándose de buenas obras. Sus miembros son de treinta á cuarenta y deben tener veinticinco años cumplidos; son sacerdotes ó bien seculares.

El método que ellos tienen, dice Monseñor Morichini, en la distribución de los socorros es, según creo, el mejor que puede seguirse; y Roma puede envanecerse de haber puesto en práctica hace ciento cincuenta años, esas máximas de la caridad pública y privada cuya teoría ha desarrollado recientemente el barón de Gerando en su *Visitador del pobre*. Cada cuartel de la ciudad tiene su *diputado*, asistido de otros dos *miembros visitadores*. No se concede ninguna limosna sin que antes alguno de los miembros visitadores se haya persuadido con sus propios ojos de la miseria y de la necesidad. Los socorros más bien se dan en cosas, que en dinero; más bien á un corto número de personas que se encuentren verdaderamente necesitadas, que á numerosas familias para quienes sería una gota de agua.

Camas, vestidos, rescate de prendas del monte de piedad y pagos de arrendamientos, buenos panes, son las limosnas más comunes. Según los estatutos, la obra debe asistir especialmente á los enfermos, á las jóvenes que están en peligro de perderse, á las viudas, á las mujeres abandonadas por sus maridos, á los prisioneros, á los jóvenes privados de empleo y á los viajeros.

Tres veces al año, cada visitador tiene que distribuir una suma en su cuartel. Cada una de estas distribuciones puede subir á 700 escudos, lo que forma en el año 2,100 escudos, aunque la Congregación posee una renta doble al ménos, pero gravada con legados y servicios religiosos. El día de la fiesta de Santa Ana se hace una distribución de pan y se dan socorros muy considerables, en casos de urgencia, en el

curso del año, cuando se sabe la posición crítica de alguna honrada familia. En este caso se llevan las limosnas á los necesitados por los diputados designados con anticipación bajo el título de *diputados de los casos secretos*, los cuales no dan cuenta del dinero que se les confía, con el fin de nunca aparezcan en los registros de la sociedad los nombres de los desgraciados á quienes han socorrido.

Yo agregaría largas páginas á las que preceden, si quisiera hablar de todas las demás limosnas, buenas obras é instituciones de caridad que forman la gloria y la vida de Roma cristiana; pero me contentaré con algunas reflexiones propias para caracterizar ese magnífico sistema de *filantropía*, tan poco conocido en Europa y tan poco en armonía con los principios de nuestros economistas modernos.

Desde luego, todo parte en Roma de la inspiración religiosa; lo que en otros pueblos se hace por el sentimiento natural del derecho de humanidad, toma aquí la vida en motivos de fé. A la cabeza de todas las instituciones de caridad encontraréis el nombre de un santo, de un sacerdote piadoso, de un ferviente cristiano que fué el que concibió la idea de ella; todas conservan el sello de su origen, ya con el nombre de cofradías ó ya organizadas eclesiásticamente. La bandera de un santo les sirve para reunirse, y su vida de modelo; hay una capilla particular que está siempre inmediata á sus reuniones, y sus reglamentos tienen un sello enteramente católico. En el ejercicio exterior de sus buenas obras se ocultan generalmente los cofrades bajo un vestido demasiado feo en sí mismo, pero favorable á la humanidad; el saco de penitente que les cubre no les deja ver más que los ojos, y los hombres de mundo, los altos dignatarios, van ocultos

bajo aquel hábito grosero, á prestar su generosa cooperacion en consolar á la miseria. Para nosotros, franceses del siglo diez y nueve, esto es como la aparicion de un tiempo que ya no existe, como un recuerdo de los siglos de fe, como una vision de la edad media. 1.

Este origen de la caridad romana explica otros tres caracteres que la distinguen. Las instituciones caritativas en Roma son las más antiguas de todas las obras de beneficencia extendidas en Occidente; ellas les han servido de modelos, y muchos años y muchos siglos ántes de que los conocimientos hubiesen emprendido trazar las *leyes de la caridad*, la fe las habia revelado ya á los papas; esta es una consecuencia de la mision civilizadora que se les está confiada.

El segundo es la superabundancia de los socorros; ya hemos visto que entre todas las ciudades de Europa, Roma es la más caritativa. En las fuentes mismas de la fe, en las tumbas de sus innumerables mártires, toma incesantemente el espíritu de sacrificio, que se desborda como el licor precioso de un vaso demasiado lleno, en mil creaciones de caridad espiritual y corporal.

El tercero es la distribucion de las limosnas, ménos regular de lo que se pudiera desear. El alma abrazada de la caridad, el alma que se da á sí misma, se ocupa poco de los frios cálculos de la prudencia humana; ella ve ántes que todo el dolor, sin inquietarse suficientemente por moderar su celo. Siempre aspira á consolar á los seres que sufren y á cumplir la grande obligacion del hombre hácia su hermano. 2.

Mas hé ahí todavía la presencia de los mendigos de Roma. Si la filantropía inspirase á la beneficencia romana, hubiera

1. De Bazel, pref, p, XXXIII.
2. De Bazel, pref, p, XX.

encerrado á los pobres á fin de quitar el objeto importuno de la vista del viajero, porque la filantropía no es madre. Otra cosa es la caridad romana; ella exhorta al pobre al trabajo, ella le suministra los medios para él, ella le compromete á recibir socorros en su casa más bien que á tomarlos de los transeuntes; pero la cuesta mucho ir mas léjos y emplear el rigor contra un ser dos veces sagrado para ella. Así es como Leon XII, al organizar la comision de los subsidios, permitió á los pobres que eran verdaderamente dignos de socorro, que eligiesen entre las limosnas en su domicilio y las accidentales de la mendicidad. Los que tomaron éste último partido fueron inscritos y se les entregó una placa de cobre que tenia grabadas estas palabras: *Questante in Roma N. . .* Solo ellos tenían el derecho de mendigar; pero al cabo de algun tiempo se toleró la instruccion de otros nuevos, no sometidos á las anteriores formalidades, y se vió uno de nuevo invadido por una multitud extraña, acaso con verdaderas necesidades. 1.

Así estaban las cosas cuando estábamos en Roma, y ciertamente cuando se han visto de cerca las dificultades y los obstáculos de todo género creados por la política general de la Europa al gobierno pontificio; cuando se conoce su carácter esencialmente paternal, se concibe muy bien esta especie de tolerancia en una medida de policía, cuya utilidad absoluta no es tal vez tan evidente como podría creerse. No; no está todavía claramente demostrado que el sistema de los depósitos de mendicidad sea mucho más moral, mucho más humano, mucho ménos costoso que la mendicidad misma. El sistema de depósito entraña bajo uno ó bajo otro nombre la opresion de los pobres; trasforma en delito lo que las mas veces, no más que una desgra-

1 De Bazelaire, pref, p. CIV.

cia, priva al pobre de la libertad, le arranca á su familia y le expone á los inconvenientes del contacto muchas veces peligroso de numerosos compañeros corrompidos y corruptores. La vista de nuestros depósitos de Francia ó de los *Workhouses* de Inglaterra hace en este punto muy tristes revelaciones.

Por otra parte, admitiendo la superioridad del sistema moderno, faltaria saber ántes de condenar á Roma, si es posible establecerlo. Sumergir á millares de pobres en prisiones húmedas y oscuras, con solo el alimento estrictamente necesario para el mantenimiento de su mezquina existencia, no es difícil abolir así la mendicidad; basta para esto tener un corazón iugrés. ¡Pero aplicar en Italia semejante sistema! mas fácilmente se quitaría al hombre la vida, que privarle de su hermoso cielo y de los rayos del sol. Por otra parte, la libertad individual es también allí muy respetada y el egoismo demasiado desconocido, para que los grandes del siglo se crean con el permiso de comprar sus placeres á costa de los dolores de sus hermanos. 1.

En fin, no conviene creer, como lo cuentan ciertos viajeros, que Roma sea el foco de la mendicidad. «Gracias á sus numerosas casas de trabajo, está léjos, dice un economista célebre, de alimentar tantos pobres ociosos, como muchas ciudades afamadas por su opulencia y por su buena policía.»

No se cuentan allí más mendigos que en las principales ciudades de Francia. 2 Dos cosas multiplican los pobres á la vista: la primera es que Roma les deja en la calle, mientras que Paris les pone en prisiones; la segunda consiste en que están habitualmente concentrados en un so-

1 De Bazelaire, pref., p. CV.
2 M. de Villancuve, *del Pauperismo*, t II, p. 385.

lo cuartel, el que habitan, ó el que atraviesan continuamente los extranjeros, en el Corso, en la plaza de España y en la plaza de Venecia. Por otras partes hemos encontrado pocos mendigos; y las más veces esos pobres vienen de los países vecinos, de los ducados de la Italia septentrional, de la Lombardía, del reino de Nápoles y hasta de Paris; más de un frances ha reconocido allí á aquel mendigo que se arrastrá, y á quien todo el mundo ha visto en otro tiempo arrastrarse en los boulevards con su grotesco traje. Roma podría librarse de ellos, casi del mismo modo que Esopo proponia beber el mar, si se quisiera detener todos los rios que á ella concurren. 1

Tales son en sus relaciones y en su espíritu las instituciones caritativas de Roma, cuyo objeto es el alivio de la miseria física. Para apreciarlas bien es necesario distinguir en ellas dos elementos: el elemento católico y el elemento italiano, es decir, las cosas en sí mismas, y esas cosas practicadas por los hombres; igual distincion debe hacerse para las instituciones de otros países. En *principio* se puede decir que todo es bueno, á menudo admirable y sublime en las instituciones romanas, porque la idea es hija del génio católico; pero *en aplicacion*, el génio italiano se hace traicion á sí mismo, y con demasiada frecuencia desfigura con su tolerancia las obras más bellas. Así es como las instituciones francesas, alemanas, españolas, llevan el sello de los defectos del carácter nacional, que las hace muchas veces imperfectas en el fondo como en la forma. Aquí no tocan más que á la forma; de suerte que si todas las leyes y todos los reglamentos se ejecutasen, Roma sería un tipo ideal de gobierno. 2 ¿Podremos decir

1 De Bazel, pref., p. 103.
2 De Bazel, pref., p. 23.